



SAMANTHA Y SUS AMIGOS

CUENTO COLECTIVO

CC: Villaeuropa, 6ºB

Tutor: Javier Pelazas

Autores: Andrés Quesada, Carlos López, David García, Manuel Antonio y Pablo García

Me llamo Samantha, tengo 11 años y no sé dónde nací. Todo empezó cuando mis padres me abandonaron en una mina de América Latina. Eso es lo que siempre me han dicho aquí, porque yo no recuerdo haber estado en otro sitio. Hasta la edad de cuatro años viví como una niña normal, pero en lugar de ir a la escuela, tenía que llevar piedras de un lugar a otro y también aprendí a lavarme la ropa.

Cuando cumplí aproximadamente los seis años, porque tampoco sé qué día nací, de repente me dieron un pico, una pala y un casco muy raro. Yo les pregunté qué para qué eran esas cosas, pero no me respondieron. Me llevaron a una mina, me dijeron que no entraban porque el agujero era demasiado pequeño para ellos.

Al entrar me dieron una linterna y empecé a sacar carbón, minerales y piedras preciosas. Yo me quedé uno, pero me regañaron y castigaron para que no lo volviera a hacer y muy asustada empecé a llorar.

Cada mes, llegaban cuatro o cinco niños de diferentes lugares a la mina para hacer el mismo trabajo que yo. Durante el tiempo que estuve allí pasaron algunos de los niños con los que compartí muchas emociones. Tuve una gran amiga, Sabrina, con la que estuve muy poco tiempo porque la vendieron, ya que estaba muy débil. Según se oyó, la mataron para vender sus órganos, pero me dijeron que como hablara de esto me matarían.

Erick Daniel, otro de mis amigos, era del Perú, me contó que ellos son muy pobres, que no tienen agua corriente. Su hermana pequeña, Rocío, tiene que esperar horas en una cola para que un camión cisterna, que pasa una vez a la semana, le llene un par de bidones

de agua. No tienen luz. Sus padres son campesinos y trabajan todo el día muy duro en el ampo. Su padre es pastor de ganado y su madre cultiva hortalizas y vegetales, que luego vende en el mercado.

Erick a veces iba a la escuela, si no tenía que quedarse en casa cuidando de sus dos hermanitos pequeños. Al salir de clase descargaba cajas de pescado en la Lonja de Lima, así conseguía unas monedas que a su mamá le ponían muy contenta.

Los fines de semana, Erick iba al basurero a buscar cosas para vender, como hierros, maderas o incluso algo aprovechable para comer. Su padre se puso enfermo y Erick decidió salir de su casa a buscar un trabajo que le permitiera mantener a su familia y por eso llegó hasta la mina, engañado, porque aquí no te pagan y además no te dejan marchar. Erick llora muy a menudo porque se acuerda de su madre y sus hermanitos y dice que aunque trabajaba mucho y no tenía nada, era feliz cada día llegando a casa, cuando su madre le abrazaba y le besaba.

Otro niño que siempre estaba triste trabajando en la mina era Quisake. Sus padres murieron en una epidemia que azotó su pueblo, él es de Sudáfrica y entonces al quedarse solo viajó como pudo hasta llegar aquí, donde todos nos encontramos. Cuenta que pasó por Europa, pero no le gustó porque allí le insultaban por ser de otra raza y nadie le daba trabajo, porque en Europa, los niños no pueden trabajar hasta los 16 años y él sólo tenía 12. Nunca había ido a la escuela, ese era su gran sueño, aprender a leer y escribir, o tal vez dibujar. Decía que en Europa es bastante común que los niños no trabajen y que van todos los días a la escuela.

Lin-Yu es mi compañera, siempre nos acurrucamos juntas para dormir, su historia no es menos triste que las demás. Ella, es de un lugar de China, que ni siquiera recuerda el nombre, dice que llegó aquí porque escapó de los malos tratos que le daban la familia que la adoptó y que la sacó de China. Ella cree que la adoptaron para que trabajara para ellos y que de pequeña había sido abusada sexualmente.

En China, las niñas son constantemente abandonadas porque el gobierno no permite tener más de un hijo y si no es un varón, los padres no quieren un bebé niña, porque cuando

es mayor y se case tienen que pagar los padres un dinero, en cambio si es un niño los padres serán los que reciban el dinero.

Hoy aún seguimos aquí, trabajando en la mina a cambio de un plato de comida y un lugar donde dormir, pero con la esperanza de que algún día esto termine y por lo menos seamos unos seres LIBRES.

ANEXO

Nuestro cuento no tiene un final bonito, porque para muchos niños de todo el mundo su final no es bueno. Eso es por lo que los países como España debemos luchar, porque en cualquier rincón del planeta se respeten los derechos de los niños, aunque, desgraciadamente para algunos de ellos, trabajar sea algo de lo que no pueden prescindir, pero al menos evitar la esclavitud, el abandono, el abuso, poder crecer al lado de sus familias y no ser explotados

FIN